

Un día despertaréis en otra cama, viviréis esa gran vida llamada muerte, miraréis y veréis obscuridad, sombra; y de pronto el sol saliente de lo infinito aparecerá espléndido en el horizonte, y un rayo de luz, de verdadera luz, atravesará de parte á parte, á pérdida de vista, las profundidades; entonces estaréis asombrado, veréis en aquella faja de claridad, á la vez, bruscamente, en confusión, juntos, volando en torbellinos, huyendo, cerniéndose, millones de seres desconocidos, unos celestiales, otros infernales, esos invisibles que negáis hoy, y sentiréis abrirse alas en vuestros hombros, y seréis también uno de esos mismos seres.



ENSUEÑOS ACERCA DE DIOS



ios se encierra; pero el pensador escucha detrás de las puertas.

Todo aquel que posee la noción del deber; todo aquel que tiene el sentimiento del derecho; cualquiera que tenga la percepción de lo justo y de lo injusto; cualquiera que tenga un objetivo desinteresado; todo aquel que se olvida viviendo y hace pasar antes que él aquello que no es él; todo el que quiere para el género humano; todo el que tiene en su corazón latidos del corazón mismo de la humanidad; el que se siente hermano del pobre, del pequeño, del menor, del débil, del enfermo, del que sufre, del ignorante, del desheredado, del esclavo, del siervo, del negro, del presidiario, del condenado; todo el que desea luz para el ciego, pensamiento para el oprimido; todo el que es miserable de las miserias ajenas; todo el que trabaja en la mejora de los demás y llora con sus lágrimas y echa sangre de su llaga;

todo el que prefiere su propio sacrificio al sacrificio de su semejante; todo el que tiene la visión de lo verdadero y el deslumbramiento de lo bello; todo el que escucha una armonía, contempla una flor, una blancura, un candor, una claridad, una mujer; todo el que admira á un ingenio, se conmueve mirando una estrella; todo el que dice en su interior: esto es bueno, esto es malo; todo el que no mata una mosca inútilmente; todo el que ama y siente lo infinito en su amor; todo el que reconoce que hay un camino tortuoso y una línea recta; todo el que obra de acuerdo con la conciencia; todo el que tiene un ideal y se entrega á él, ese, sea quien fuere, quiéralo ó no lo quiera, cree en Dios.

Todo el que dice: conciencia, virtud, bondad, amor, razón, luz, justicia, verdad, percibe, sabiéndolo ó sin saberlo, uno de los misteriosos perfiles de ese rostro sublime: Dios.

No es posible concebir que viendo el rayo de luz se niegue la existencia del sol. El ateo es idéntico al ciego.

—Pero, el ateo dice, veo el sol y no veo á Dios.

Es que abris los ojos de la carne y no los del espíritu.

Un alma puede sufrir la operación del ateísmo, como una pupila la extracción de la catarata. Hay poderosos ateos inteligentes y justos; se les puede curar por medio de la noción de lo ideal; y, digan lo que quieran, en el fondo lo desean. El ateísmo carece de alegría. Nadie permanece voluntariamente en la obscuridad de la noche.

La naturaleza me ha declarado que Dios existe.

¡Cómo! ¡El hombre, ese átomo, ese grano de polvo, esa cosa perecedera, endeble, enferma y vil, el hombre tendría lo que faltaría á ese inmenso y profundo universo donde irradia lo infinito en todos sentidos! ¡La criatura llena de miserias tendría más ventajas que la creación llena de soles! ¡Tendríamos un alma y el mundo no!

¡El hombre sería un ojo abierto en medio del universo ciego! ¡El único ojo abierto! ¿Y para ver qué? ¡La nada!

No se puede decir:—Dios es honrado, Dios es virtuoso, Dios es casto, Dios es sincero. Pero se puede decir:—Dios es justo, Dios es bueno, Dios es grande, Dios es verdadero. ¿Por qué?

Porque honradez, virtud, castidad, sinceridad, son lo relativo.

Y justicia, bondad, grandeza, verdad, son lo absoluto.

¿Por qué no puede decirse de Dios que es virtuoso? Porque es perfecto.

Un ser que no puede tener ninguna cualidad relativa y que tiene todas las cualidades intrínsecas, existe necesariamente. Dios se demuestra por su absoluto.

La creación está movida por dos géneros de motores, ambos invisibles: las almas y las fuerzas.

Las fuerzas son matemáticas, las almas son libres. Las fuerzas, siendo algebraicas, no pueden tener desviación; la aberración de las almas es posible. Se ha atendido á esa necesidad; la libertad tiene un regulador, la conciencia.

La conciencia no es más que una especie de intuición de la geometría misteriosa del orden moral.

En cuanto al ser que llaman Dios, y que puede también llamarse Centro, participa de las dos naturalezas, de las cuales es punto de intersección.

Es el Alma-Fuerza.

La idea de Dios es luz solar. El judaísmo, el sa-beísmo, el budismo, el politeísmo, el maniqueísmo, el mahometismo, el cristianismo, son luz lunar. Moisés, Buda, Zoroastro, Orfeo, Confucio, Manes, Mahoma, Jesús, son como especies de planetas que giran al rededor del astro y reflejan su luz.

Las religiones, lunas de Dios, alumbran al hombre en la noche; de ahí esos fantasmas, esas ilusiones, esas mentiras de óptica, esos terrores, esas apariencias, esas visiones, que llenan el horizonte de los pueblos en donde sólo hay claridad de religión.

El espectro que sale de esa dudosa claridad se llama superstición.

Todo rayo que viene directamente del sol lleva en su extremidad la cara del sol, y, sea cual fuere la forma de la abertura por la cual llega hasta nosotros cuadrada, poligonal ó triangular, no acepta esa forma é imprime invariablemente en la superficie donde se fija una imagen circular. Del mismo modo toda luz que procede directamente de Dios imprime en nuestro espíritu, sea cual fuere la forma de nuestro cerebro, la idea exacta de Dios, dejándole el sello verdadero.

Al mismo tiempo, así como los rayos de luna pierden la apariencia de la cara del sol y nos traen, en vez de su imagen, un aspecto cualquiera de la abertura por la cual pasan, la idea de Dios, reflejada por las religiones y procediendo de ellas, pierde, por decirlo

así, la forma de Dios y toma todas las configuraciones más ó menos miserables del cerebro humano.

En política, por encima de los partidos coloco á la patria; en religión, por encima de los dogmas coloco á Dios. Si tuviese la seguridad de que esta grave palabra fuese gravemente escuchada y gravemente comprendida, diría que soy de todas las religiones, como soy de todos los partidos. Aquí *como* significa *del mismo modo*. Creo en el Dios de todos los hombres, creo en el amor de todos los corazones, creo en la verdad de todas las almas.

Pensadores, tenedlo presente, esa es la fe, la gran fe, la verdadera fe, la única fe que puede hoy civilizar á las generaciones revolucionarias.

Ese rayo sólo se ve desde las alturas. Estáis hechos para llegar á las alturas y contemplar ese rayo de luz. Tenéis alas, puesto que soñáis; tenéis ojos, puesto que pensáis.

Creo en Dios directo.

La muchedumbre tiene la vista débil, es cosa suya que sólo concierne á ella. Los dogmas y las prácticas son anteojos que contribuyen á que las *vistas cortas* vean la estrella. Yo veo á Dios con mi vista natural. Distintamente. Dejo el dogma, la práctica y el símbolo para las inteligencias míopes. El antejo es precioso, pero el ojo es más precioso aun. La fe á través del dogma es buena; la fe inmediata es mejor.

Respeto la misa del domingo en mi parroquia, asisto rara vez á ella; es que asisto sin cesar, religioso, soñador y atento, á esa otra misa eterna que Dios

celebra de día y de noche por el hombre en la naturaleza, que es su gran iglesia.

Una religión es una traducción.

Esos hombres á quienes se llama reveladores fijan su mirada en algo desconocido que se halla fuera del hombre.

Hay allá arriba una luz y la ven.

Dirigen un espejo hacia este lado. Ese espejo está más ó menos empañado, más ó menos pulimentado, más ó menos cromático, más ó menos limpio.

Ese espejo es la conciencia misma de los reveladores. Los acontecimientos, los despotismos, los reyes, los capitanes, los amos, echan algunas veces mucho polvo encima.

Ese revelador es un vidente. Esa conciencia que viene á traer una enseñanza al medio ambiente, sabe mucho más que ese medio humano; pero participa del mismo medio. Tiene su transparencia ó su opacidad, tiene su pureza ó su rudeza, su salvajería ó su refinamiento. Tiene, hasta cierto punto, el mismo color y la misma densidad. De ahí, según la superficie propia de cada espejo, una imagen más ó menos limpia, clara, del astro, unas veces luz vaga, como para Sócrates, á veces sombra, como para Espinoza, á veces espectro, como para Torquemada.

De ahí, en muchos pueblos, todas esas reverberaciones feroces de Dios, las idolatrías. De ahí todo lo falso proyectado por lo verdadero.

Algunas veces el cerebro del revelador es prisma tanto como espejo, é irisa de supersticiones y de fábulas el contorno de Dios. Algunas veces ese cerebro es tinieblas, y refleja el ser sobre fondo negro; entonces tenéis la pagoda de Jaghernaut, y hay en la tierra un

lugar, una región, un punto dado, donde Dios se refleja Demonio. El contrasentido del traductor llega hasta allí.

El estrabismo de un alma puede crear religiones terribles. Más de un templo dirige una mirada oblicua hacia Satanás.

¿A quién acusar? ¿Al objeto revelado? No. Se ofrece. ¿Al revelador? No. Procura.

Acusemos á la impotencia terrestre, á la insuficiencia humana, al medio reinante, al momento dado. Tal siglo, tal error. Tal sociedad, tal mentira. La quimera está en relación con la ignorancia. Mala fe, ninguna. Hablamos de los fundadores de religiones y no de los explotadores. Mahoma, que triunfó, Swedenborg, que fracasó, eran visionarios muy convencidos. No hay impostores. Hay tentativas que procuran modelar la verdad, ensayadores las más de las veces sin piedra de toque, atisbadores más ó menos lejanos, bocas oscuras que hablan á multitudes turbias, soñadores huecos endoctrinando á los ignorantes, crepúsculos blanqueando neblinas, míopes guiando ciegos.

En resumen, todas las religiones son malas y todas son buenas.

Rompedlas todas; al reducir á polvo ese inmenso espejo roto, entre sus innumerables pedazos barridos en montón, veréis resplandecer á la estrella única. De todos esos retratos de la Verdad, disformes hasta la mentira, cuando los hayáis echado al suelo, se desprenderá la imagen augusta. De todas las religiones destruídas sale la indestructible. Es que, lo hemos dicho ya, todas las religiones son versiones.

Debajo de todo su espesor, está el texto.

Todas las biblias amontonadas gotean lo infinito.

El ídolo puesto en el crisol da á Dios. Júpiter es una traducción, Brahma es una traducción, Vitzili-

putli es una traducción, Fô es una traducción, Odín es una traducción, Alá es una traducción, Elohín es una traducción.

Un día la Revolución, hija del siglo XVIII y madre del XIX, indignada rechaza todos esos nombres, destruye todos esos altares, extermina todos esos símbolos, anonada á Dios bajo todas sus formas, luego se recoge, busca lo que hay en el fondo de la sombra, levanta la cabeza, y dice: el Ser Supremo.

Las religiones son aproximaciones de lo absoluto. Una religión es una careta. Pero ¿qué prueba la careta? El rostro. La careta puede ser repugnante, tanto como el rostro es sublime; no deja por eso de estar hecha encima. Los reveladores trabajan sobre la eternidad viva. Procuran extraerla para vuestro uso; os dan toda la cantidad que pueden. Echaos la culpa á vosotros mismos si no os la dan más pura y más abundante. Una religión es una traducción de Dios medida según la cantidad de alma que existe en vosotros.

¿No tenéis la fuerza de ser religiosos? Vamos, ¡entonces sed devotos!

Las religiones hacen una cosa útil: achicar á Dios hasta el hombre. La filosofía replica con una cosa necesaria: engrandecer el hombre hasta Dios.

La verdadera filosofía desencamina de las religiones y empuja hacia la religión.

¿Acaso la naturaleza no nos procura bastante misterio que necesitáis hacerlo por vuestra parte con el dogma?

En materia de lo incomprensible, contentaos con lo necesario.

Toda luz directa lleva, ya lo he dicho, en su extremidad la forma del foco de que emana; en el extremo del rayo solar está la imagen del sol; en el extremo del rayo divino está la imagen de Dios.

El rayo solar, al atravesar el prisma, se descompone en tres colores: azul, amarillo y rojo. El rayo divino, al atravesar la cámara obscura del cerebro, se descompone en tres nociones: lo justo, lo verdadero y lo bello.

Ese espectro luminoso de la triple noción divina, que irradia siempre bajo el cráneo humano, es lo que se llama conciencia.

El rayo solar se llama luz blanca; puede darse el mismo nombre á la conciencia. Por consiguiente, la conciencia es el espectro solar interior. El sol alumbra el cuerpo, Dios alumbra el espíritu.

En el fondo de todo cerebro humano hay como una luna de Dios.

Ser el extremo del rayo cuyo ideal es la otra extremidad; cantar en voz baja á la vida presente el canto misterioso de la vida futura; hacer esfuerzo para introducir el espíritu en la carne, la virtud en la palabra, Dios en el hombre, tal es el sublime oficio de ese esplendor alado que se llama conciencia.

El trabajo del hombre, la función divina de su libertad, el objetivo de su vida, consiste en construir en la tierra, en estado de obras reales, las tres nociones ideales; consiste en hacer carne lo verdadero, lo bello y lo justo; es, en una palabra, dejar después de su muerte, en pie tras él, su conciencia hecha acción.

El progreso humano vive de esa triple manifestación incesantemente renovada. El que emplea su conciencia, gasta su alma y agota su vida para edificar lo verdadero se llama Voltaire; el que edifica lo bello se llama Shakespeare; el que edifica lo justo se llama Jesús.

No hay ningún genio que no haya trabajado, no hay un grande hombre que no haya llevado su conciencia, su alma, su piedra, á uno de esos tres pilares del frontón infinito que llaman Verdad, Belleza, Justicia. Algunos han trabajado en dos. El que trabajase en los tres, ese se aproximaría á Dios.

Poner la conciencia fuera de sí, transformarla lentamente y día por día en realidades exteriores, acciones ó trabajos; nacer con las ideas, morir con las obras; en una palabra, edificar el ideal, construirlo en el arte y ser el poeta, construirlo en la ciencia y ser el filósofo, construirlo en la vida y ser el justo, tal es el objeto del destino humano.



UN ATEO



principios del año de 1852 estaba yo en Bruselas. Un día alguien empujó mi puerta y entró. Era un joven de sonrisa franca, de mirar vivo y sincero, vestido con cierto esmero elegante, dejando ver la blancura de su ropa, un chaleco de terciopelo con botones cincelados, guantes de color de paja, una flor en el ojal y un junco en la mano. A la pregunta que le dirigí, me contestó:

—Soy sacerdote. O, mejor dicho,—repuso,—lo he sido. No lo soy ya. He dejado lo falso por la verdad. Hoy, caballero, soy lo mismo que sois vos, un proscrito.

Rogué al proscrito que se sentara.

—Me llamo Anatolio Leray,—me dijo.

Hablamos. Me refirió su vida. Lo habían educado de tal modo, que un día, á los veinticinco años, se había hallado sacerdote. Aquello le despertó. El ensueño de una larga educación mística se había como disipado para Anatolio Leray el día en que vió, brus-